

Ora et labora

San Benito de Nursia, patrón de Europa, dictó la regla benedictina a principios del Siglo VI sobre la base de dos actividades fundamentales: la contemplación (ora), y el trabajo (labora). La segunda regla no era tan evidente como pueda parecernos ahora, el trabajo se veía entonces como una actividad menos noble, reservada a siervos y a las clases inferiores de la sociedad.

Quince siglos más tarde, ni Europa, ni los dos pilares que proponía para su orden, andan en sus mejores momentos... Otro día hablaremos del alma en crisis de Europa, o de las crisis de las almas de sus habitantes. Hoy prefiero detenerme en la que, según la última encuesta del CIS, nos preocupa más, que es la crisis del trabajo, o del empleo, como prefieras llamarla.

El presente del empleo preocupa, especialmente en el Sur de Europa. Aunque si hablamos específicamente del empleo juvenil, los problemas de inserción laboral de los jóvenes no son patrimonio exclusivo del sur, en los míticos países nórdicos también las tasas de paro juvenil duplican las tasas del conjunto de la población.

Eso ha pasado antes, pero luego la economía se recuperaba y volvíamos al pleno empleo. El problema es que ahora el futuro preocupa más todavía. La economía no acaba de recuperarse, y el poco crecimiento que va llegando, se traduce en empleos precarios, temporales, peor pagados... La brecha generacional se va ampliando, y se ampliará más cuando una masa laboral muy inferior a la actual deba afrontar el pago de las pensiones de una masa de pensionistas muy superior a la que ahora soportamos.

Antes nos preocupaba que nos quitasen el empleo los países de mano de obra barata, ahora parece que serán finalmente los robots los que se quedarán con nuestro trabajo. Ya conoces el chiste: en el futuro, en las fábricas trabajarán únicamente un hombre y un perro: el trabajo del hombre será dar de comer al perro, y el del perro evitar que el hombre se acerque a las máquinas, para que puedan trabajar a gusto... Por no hablar del trabajo de las mujeres, la igualdad no acaba de llegar, ni se la espera...

Preocupa también la crisis demográfica y preocupa la creciente dificultad de recuperar para la vida activa a personas que pierden su empleo y no son capaces de adaptarse al ritmo vertiginoso de cambio tecnológico. Preocupa cómo podrán crear las empresas empleos estables, si sus entornos de mercado son cada vez más inciertos. Preocupa cómo repensar un nuevo modelo de relaciones laborales que se adapte a todo lo anterior.

Así que cada vez suena más el concepto de renta universal, un salario básico que garantizará que nadie quede excluido, trabaje o no. Sin llegar a llamarlo así, los candidatos a las elecciones en USA y en Europa, prometen masivas inversiones en ladrillo para crear empleos para las personas que han quedado fuera del mapa de ocupaciones por falta de cualificación. Keynes ya propuso irónicamente en su momento, que la solución al desempleo podría ser que los Gobiernos enterrasen billetes dentro de botellas, y así la gente se ocuparía desenterrando, cobrando por ello...

Claro que esto de la renta universal se enfrenta al espinoso problema de encontrar quién paga la fiesta, y también a la experiencia histórica de que los sistemas de café para todos suelen

acabar con las cafeteras con poco café, y una sociedad que no avanza, que no innova y se va quedando atrás (los incentivos nos ayudan a los seres humanos a esforzarnos, es un dato que somos así...)

Otros son más optimistas, y predicen que el empleo mutará masivamente en autoempleo, que espabilaremos y desarrollaremos formas de trabajo menos convencionales, y que aprenderemos a buscarnos la vida. Las máquinas nos ayudarán, se crearán motores de búsqueda que recorrerán incansables las redes cada noche para que con el desayuno nos llegue el plan de trabajo del día, conectando nuestras habilidades, aquello que sabemos hacer, con las necesidades de otros, y viceversa.

En esto de los escenarios futuros del empleo, nadie tiene una bola de cristal. Pero lo cierto es que cada generación ha visto como la siguiente tenía que reinventarse en esto del “labora”. Del campo a la ciudad, de la agricultura a la industria y los servicios, de las cadenas de producción a la industria 4.0., de la estabilidad geográfica a las carreras globales... Quizá esa sea la única certeza, que el trabajo cambiará, como lo viene haciendo desde hace quince siglos.

Nos toca cambiar, adaptarnos a los tiempos que vienen y cuanto antes lo hagamos mejor. Es urgente, en particular, cerrar la brecha que va dividiendo las generaciones. Proyectos como el nuevo modelo de relaciones laborales que propone Confebask, responden con acierto a esa necesidad. Igual que el acercamiento del mundo de la educación, formación profesional y universidad, entre sí y con la empresa, son también asignaturas troncales.

Nos toca cambiar. Mejor eso que acabar dando de comer al perro ¿no te parece?